

pictórico que, desde su propia tradición indígena, aprovechaba las destrezas y hábitos visuales de sus contemporáneos, los artistas del Renacimiento, y con ello establecieron un lugar para su tradición artística en su propio presente (52).

Las imágenes guardan dentro de sí la potencia del relato y la energía de la resistencia de lo que no quiere ser borrado. Una narrativa construida en las orillas que, sin embargo, buscaba incidir en ese nuevo presente que ellos, los artistas nahuas, ya visualizaban que venía. Sus trazos no son la reproducción de los modos europeos, pero tampoco una fiel aplicación de su tradición. Es algo más, es una innovación con un mensaje en varios niveles, de los cuales uno de ellos parece advertir que *algo se aproxima*.

ISAAC MAGAÑA CANTÓN  
UNAM

Miguel Sabido. *Teatro sagrado: los "coloquios" de México*. 2da. edición. México: Siglo XXI, 2016; 505 pp.

En 2013 la asociación Teatro de México celebró cincuenta años de labor en el rescate, investigación y montaje del teatro popular mexicano. Uno de sus fundadores, Miguel Sabido, es dramaturgo, productor, teórico y una verdadera institución en el área. En este libro se une a la larga discusión sobre la existencia y naturaleza de un teatro prehispánico, cuestión que también ha sido tratada por especialistas como el padre Ángel María Garibay, Miguel León Portilla, Patrick Johansson o María Sten. Para Jaime Labastida, autor del prólogo, es claro que las danzas, cantares, himnos y demás rituales descritos por los primeros evangelizadores no son representaciones teatrales en el sentido occidental del término. Sabido, no obstante, se pregunta: ¿Es necesaria la discusión acerca de si existió o no un teatro anterior a la conquista? Desde

su mirada de hombre de teatro, es claro que hay elementos de las representaciones occidentales en las ceremonias prehispánicas: personajes que podían ser interpretados y reinterpretados por diversos actores, historias paradigmáticas, música, coreografías, efectos especiales, concurso de directores escénicos, escuelas de teatro, ensayos, etcétera. Y va más allá cuando afirma que el sistema representacional mesoamericano superaba al europeo del siglo XVI, pues añadía otros elementos como la participación del propio público, la multiplicidad de los escenarios, la elaboración y consumo —dentro de la escena— de comida especial para cada representación y, sobre todo, por la dimensión sagrada que subyacía en las celebraciones. Éstas, asevera, no son simplemente “actividades parateatrales”, como tantas veces han sido calificadas, sino teatro cabal y, más que eso, teatro sagrado.

Este es un libro escrito en primera persona. De hecho, Miguel Sabido inicia con una declaración de identidad: “Soy *nepantla*”. Con esto quiere decir que habita un espacio intermedio: hijo de padre indígena y de madre criolla; teórico y práctico de la comunicación. Su visión de la historia y la cultura de nuestro país se explica, en buena medida, gracias a esta autoconcepción de ambigüedad. En esta obra propone explorar ya no el lado luminoso y ampliamente documentado del teatro mexicano —nacido con Hernán González de Eslava—, sino su parte oculta, subterránea, el teatro del México que Guillermo Bonfil ha llamado “profundo” para diferenciarlo del “imaginario” país cosmopolita de los criollos. El objetivo principal de su libro es demostrar que existe *otro* teatro mexicano, contenido en los “cuadernos de coloquio” que él mismo ha recopilado y estudiado por más de cinco décadas.

La primera de las cuatro partes del libro es la más extensa y busca caracterizar los elementos mítico-representacionales de lo que Alfredo López Austin ha llamado el “núcleo duro” del pensamiento indígena; esto es, el componente vertebral de la tradición mesoamericana. Con este fin, Sabido profundiza en las fiestas prehispánicas y las define como “complejísimos entramados semióticos” que abrevaban de los códigos, la tradición oral, la imaginación de los sacerdotes y la participación personal de los

miembros de la comunidad, el *calpulli*. A la llegada de Hernán Cortés, entre las fiestas móviles y las ordenadas por los calendarios civil y religioso, se celebraban en el Anáhuac al menos medio centenar de entramados semióticos. Éstos y otros tantos que sobrevivieron furtivamente sincretizados en el calendario litúrgico católico luego de la conquista, son herederos de una tradición milenaria iniciada por los olmecas en la región de Veracruz y Tabasco. A este elemento ancestral que articulaba las culturas mesoamericanas Miguel Sabido propone llamarlo con la palabra náhuatl *tlatecpanqui*: el “ordenador del cosmos”, “la gran armazón del mundo prehispánico”.

Ya que uno de los propósitos del libro es subrayar los elementos teatrales de los rituales precolombinos, el autor distingue diversas categorías entre los participantes: todos los miembros del *calpulli* eran entrenados cuidadosamente en casas de poesía, *cuicacalli*, y además de sacerdotes y actores especializados en determinadas ceremonias, existía un nivel representacional en el que niños, mancebos y cautivos se transubstanciaban — en manera similar al dogma sacramental del catolicismo — en los dioses celebrados. El conjunto de rituales permitía la renovación simbólica de sus mitos y, con la participación comunitaria en ellos, las representaciones adquirirían una dimensión cósmica.

A diferencia de la notable complejidad de los calendarios prehispánicos, la sencillez del calendario litúrgico católico permitió la integración de prácticas pertenecientes a numerosas celebraciones locales en Mesoamérica. Pero, ¿cómo ocurrió esta asimilación cultural? Para ofrecer una respuesta el autor nos lleva a revisar cuatro versiones sobre la conquista: el relato heroico de Cortés y sus soldados, la interpretación imperial de Carlos V, el proyecto milenarista de los franciscanos y, finalmente, la visión de los vencidos practicantes del *tlatecpanqui*. En la multiplicidad de discursos el lector puede advertir llamativas concordancias entre los núcleos mitológicos de los enunciadores: la creencia en que el hombre participaba activamente en la marcha del universo, el nacimiento mágico de un niño dios milagroso, el sacrificio de la deidad por el bien de la humanidad, la presencia de muertos

que se van desvaneciendo en un proceso gradual, etcétera. Más que una sustitución terminante de credos, la llamada “conquista espiritual” supuso un cambio de piel, una reinención del sistema litúrgico con el fin de explicar nuevamente la realidad.

El libro quiere hacer notar la influencia que tuvo el teatro de los franciscanos en las posteriores representaciones populares. El autor recurre a los estudios de Georges Baudot para dar cuenta del proyecto utópico milenarista de los primeros evangelizadores y de su admirable interés por la lengua y las tradiciones mesoamericanas. No obstante su importancia, el teatro de fray Pedro de Gante, fray Martín de Olmos y fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, duró apenas unas cuantas décadas y fue sustituido por las representaciones que Hernán Cortés y el virrey Antonio de Mendoza hicieron montar en México y Tlaxcala, como *La conquista de Rodas* y *La conquista de Jerusalén*. También en estas guerras fingidas, dice Sabido, subyacía un núcleo mítico-representacional de la religión mesoamericana: la lucha de contrarios que aseguraba el movimiento (*ollin*) y la vida (*yoliztli*) del universo.

La segunda parte del libro busca explicar las profundas repercusiones que tuvieron las *Leyes de Indias* en la sociedad colonial y aun en nuestro presente. Este conjunto de edictos reales con los que Isabel la Católica, su nieto Carlos V, y sus sucesores trataron de gobernar los nuevos territorios del continente americano, ordenaban la separación de la República de indios y la República de españoles. Y, si bien esta división es el origen del innegable racismo en México, paradójicamente, permitió la supervivencia de los núcleos mítico-representacionales prehispánicos en cuanto que otorgó cierto grado de autonomía a los *atltepetl*, o pueblos. Fue allí donde empezaron a organizarse cofradías con cargos específicos, como mayordomos y fiscales, que sobreviven todavía en nuestros tiempos.

La tercera parte de *Teatro sagrado* es, como lo anuncia su título, un “viaje por los subsuelos de México”, una exploración de sus fiestas más representativas: el carnaval, la Semana Santa, las guerras fingidas, Los doce pares de Francia, san Francisco, el tradicional grito de Independencia, las malinches, el día de muertos,

la fiesta de Guadalupe, las pastorelas y la adoración de los Reyes. Todas ellas encarnan, subrepticamente, remanentes de la cosmovisión prehispánica, como son: la apertura del año mesoamericano, el sacrificio de Nanahuatzin, la lucha de los contrarios que echa a andar el universo, la permanencia de los muertos luego de la vida, la colaboración del hombre con la divinidad para el ordenamiento del cosmos... El autor se aproxima a estas celebraciones en un tono íntimo y confesional:

Es Chalma y tengo siete años y estoy sentado junto a un viejito que trae un antiquísimo cuaderno en las manos. Junto a él un estandarte con la imagen de san Miguel que yo conozco perfectamente. A una señal de él todos empiezan a guerrerar. Bailan y pelean. Pelean y bailan acompañados por la música de un violín, una flauta y un tambor muy grande que está en el suelo (250).

Finalmente, en la cuarta parte de su libro, Miguel Sabido presenta su colección de "cuadernos de coloquio", productos teatrales de la República de indios en que se cifra "la clave y esencia de la actual cultura que llamamos mexicana". Se trata de viejos cuadernos que el autor ha recolectado a lo largo de muchos años y andanzas. Piezas de autoría incierta o, mejor dicho, popular, cuyo origen puede rastrearse en el teatro evangelizador franciscano, las representaciones bélicas de los soldados de Cortés, las escenificaciones de los jesuitas a principios del siglo XVII y, sobre todo, en los restos de las ceremonias prehispánicas. Aparecen aquí las sinopsis de once coloquios modernizados — *cuadernos de coloquio para el siglo XXI*— y una lista de diecinueve más, pendientes de adaptar. Muchos de ellos, reconoce el autor, no tienen un valor estrictamente literario pero, en cambio, resultan ser fuentes de elementos intangibles culturales, complejos rituales formados por palabras, danzas, cantos, trajes, máscaras, comidas, etcétera. Piezas como el *Coloquio de La adoración de los reyes*, *La danza del tigre* o la *Pastorela de viejitos*, sobrevivieron por generaciones en cuadernos custodiados celosamente por mayordomos y ahora, con la noticia de su existencia, vienen a ocupar su lugar en la historia del teatro mexicano.

En *Teatro sagrado: los "coloquios" de México*, Miguel Sabido nos hace partícipes de su visión del pasado y del presente de la cultura mexicana; esta mirada no es, ciertamente, la de un antropólogo o un historiador, pero sí la de un experimentado hombre de teatro que lee en clave íntima y personal las representaciones de los pueblos originarios. Por eso es muy significativo que la última parte se titule "¿Qué podemos hacer?". Este libro no es solamente un análisis de los elementos teatrales en las celebraciones populares, sino, además, una invitación a conservar una herencia milenaria que resiste, vigorosa todavía, en el México profundo del siglo XXI.

ÓSCAR BADILLO

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

*The Witch. A New England Folktale*. Filme. Dir. Robert Eggers. Estados Unidos, 2016.

*"This wilderness will not consume us..."*

La voz grave de un hombre responde a las oscuras preguntas de un tribunal eclesiástico. La condena cae sobre él y su familia, desterrados del poblado, obligados a establecerse en el lindero de un denso bosque de la Nueva Inglaterra del siglo XVII.

De rodillas sobre la hierba, la familia se toma de las manos y reza. Los padres con sus cinco hijos. La inmensidad del bosque, el profundo sentido de silencio, la vastedad de la toma que los muestra en el absoluto abandono, sólo se interrumpen por el murmullo de sus plegarias y por el tenue hilo sonoro de una pieza musical surcada de disonancias y susurros.

Con estos movimientos sutiles empieza la película de Robert Eggers: *The Witch. A New England Folktale*, que cuenta el violento proceso de conversión que esta familia protestante vive al margen del bosque y al límite de su fe.